



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA



92
B91c

RONA

EBI

A

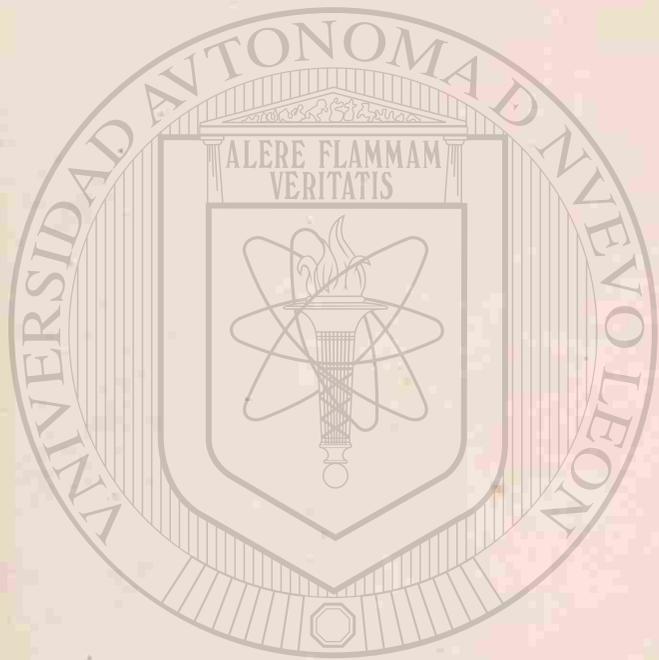
NTIO

REX

F1 233

. J 3

C6 7

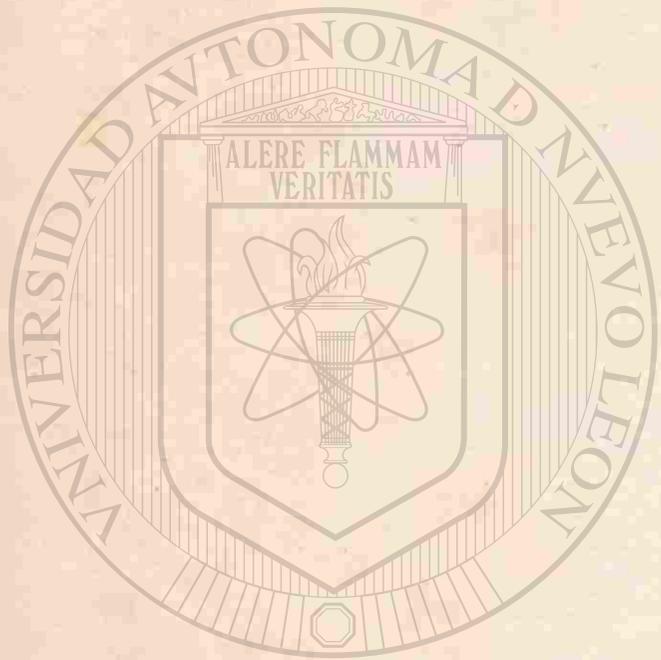


UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CORONA FÚNEBRE.

HOMENAJE

AL BENEMERITO DE LAS AMERICAS

BENITO JUAREZ

TRIBUTADO

POR LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA N. DE JURISPRUDENCIA

EL DIA 18 DE JULIO DE 1901



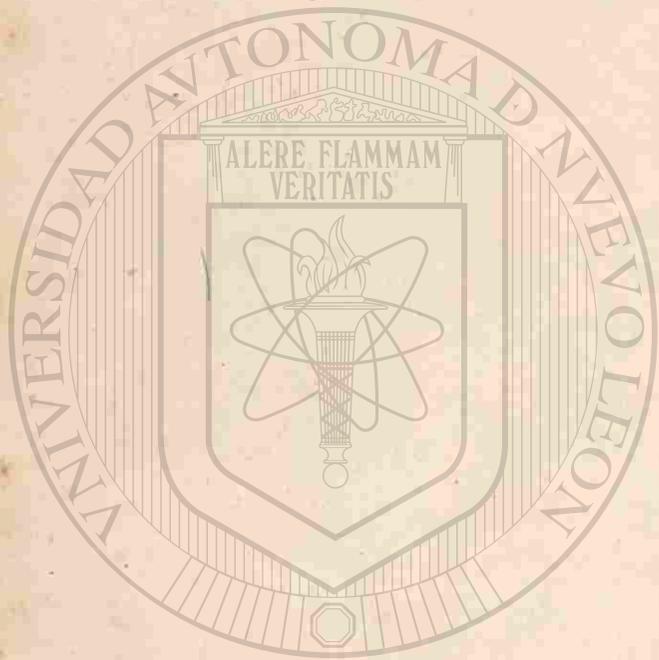
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TIP. DE LA OFICINA IMPRESORA DEL TIMBRE
PALACIO NACIONAL

1901



CORONA FÚNEBRE.

HOMENAJE

AL BENEMERITO DE LAS AMERICAS

BENITO JUAREZ

TRIBUTADO

POR LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA N. DE JURISPRUDENCIA

EL DIA 18 DE JULIO DE 1901

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

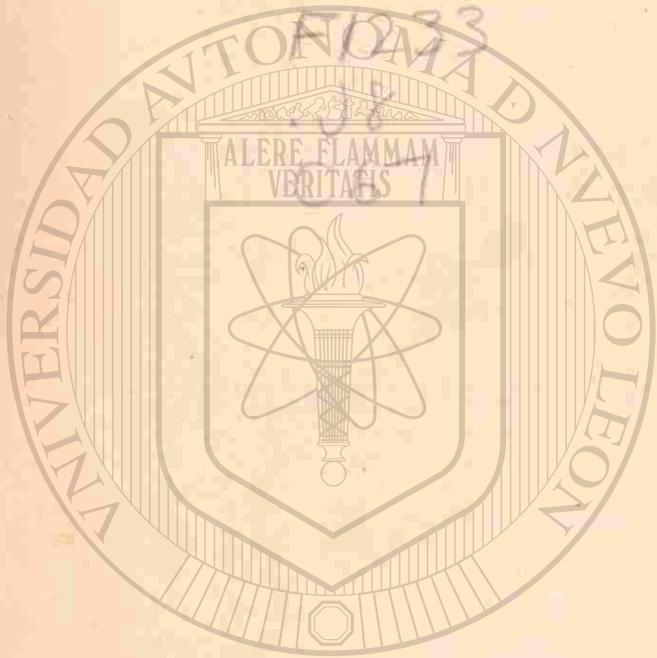
MÉXICO

TIP. DE LA OFICINA IMPRESORA DEL TIMBRE
PALACIO NACIONAL

1901

92
B91c

se 12 febrero 79



CORONA FÚNEBRE
UANL

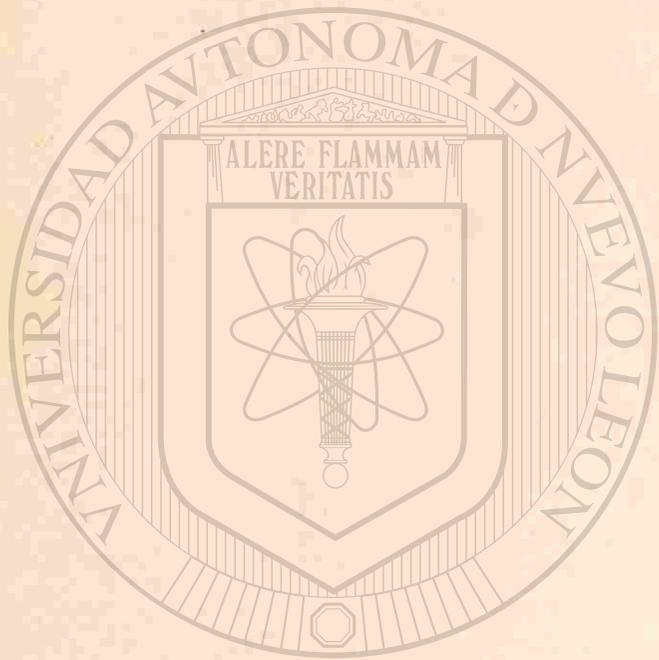
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FSRM

3874

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Comité Ejecutivo de la Velada.

U A N L

PRESIDENTE: Sr. SALOMÉ BOTELLO.

VICEPRESIDENTE: Sr. ABELINO ESPINOSA.

SECRETARIO: Sr. JUAN R. ORCÍ.

TESORERO: Sr. MIGUEL ALAMAN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





*La Escuela N. de Jurisprudencia
invita á Ubd. á la Velada que ha organi-
zado con asistencia de los Constituyentes
supérstites y en honor del Benemérito*

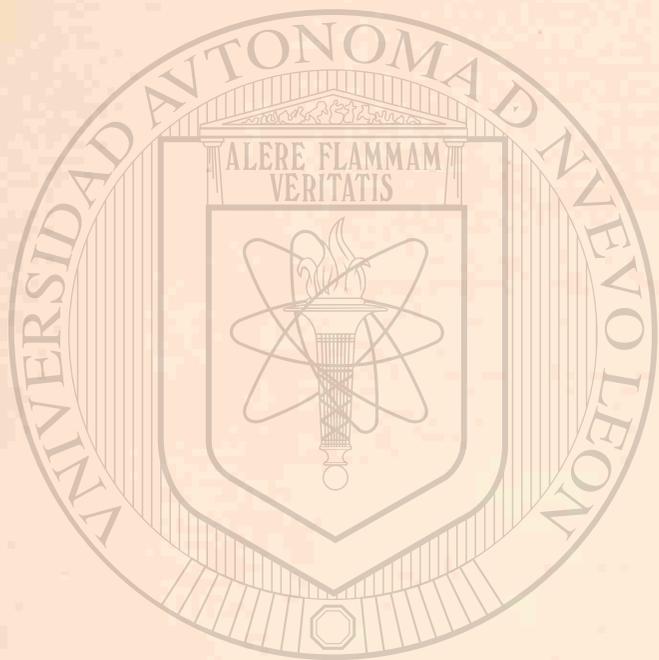
Benito Juárez.

México, Julio 18 de 1904.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Teatro del Renacimiento
8.30. P. M.*



Alocución

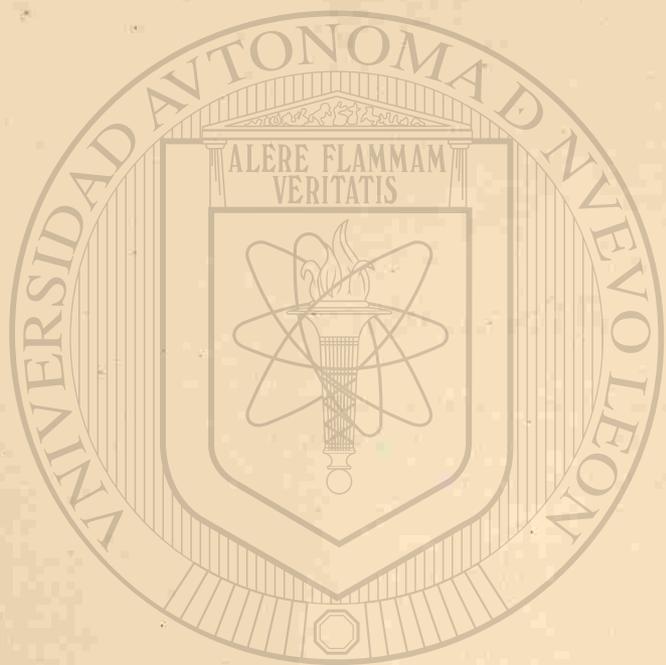
Pronunciada por el alumno de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, SR. JOSE MARIA LOZANO, el día 18 de Julio, en el Panteón de San Fernando.

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

Frío como un cálculo algebraico, incomprensible como un dogma, inexplicable como un presentimiento, pero solemne como el abismo, como la inmensidad, surge en la historia ese ser-carácter, esa voluntad inmutable como una ley física que, al encarnar y hacerse hombre, sellamó BENITO JUÁREZ.

Mas ¿de dónde surgió ese semidiós á quien hoy conmemoramos? Preguntad á la historia de dónde han surgido los MIRABEAU, los RIEGO, los GAMBETTA; preguntadla, y ella os dirá que los reformadores latinos, como lo fué JUÁREZ, necesitan para hacer su aparición en la humanidad, la guerra, el exterminio, un cuadro de desolación y ruinas, engastado en un marco de fuego, pues tal parece que el derecho, la suprema ambición de latino, sólo se alcanza envuelto como las inspiraciones del Paráclito, en lenguas de fuego.

Crear: he ahí el eterno anhelo, el constante afán, el fin que siempre persiguió hasta lograrlo nuestro JUÁREZ: perteneció á un pueblo latino, y sabía que nuestros pueblos sólo aman, admiran y secundan al destructor ó al creador;

al genio que al estallar es fuego y mata, ó al genio que al espandirse es lluvia y fecunda: érale, pues, preciso crear, y como el Dios bíblico, creó luz, creó vida, creó espíritus.

Mas no sólo fué el creador de una sociedad, fué también un filósofo profundo, un pensador atrevido que abrió con sus doctrinas amplios cauces á la inteligencia nacional, un reformador austero é inflexible que borró de las leyes todo privilegio, y de las clases toda diferencia odiosa; fué un profeta que, desgarrando las rojizas nieblas que envolvían nuestros horizontes, nos señaló como fin el bien, la verdad, el amor; pero sobre estas virtudes JUÁREZ tuvo una superior, la de haber sido un carácter, una fuerza indoblegable, un colosal dinamo humano, cuyas corrientes alumbraron la conciencia nacional, despertándola para vivir la vida del derecho y la libertad. Fuiste, en fin, ¡oh, JUÁREZ! un hombre eslabón que enganchaste á nuestra Patria al coro de las naciones civilizadas.

Extraño hubiera sido, ¡oh, PADRE! que tú, que fuiste un profeta, no hubieras tenido un Sanhedrin que te condenara; que ante tí, que fuiste un reformista, no se hubiera levantado la eterna copa de cicuta; no, no pudiste abstraerte al doloroso *sino* de todos los innovadores, y como ellos lo sufriste todo: la injuria, el anatema, la proscripción; como ellos, tuviste que resistir el empuje de poderosos enemigos: los tuyos eran formidables; el portandarte era el Clero, un clero poderoso y corrompido.

Mas no sólo era el Clero: bajo sus banderas militaban los hipócritas, los privilegiados, todos los que medraban á la sombra de aquellas odiosas instituciones, muertas ya

para siempre. *Religión y Fueros* era su grito; sus armas la traición, el anatema; su ideal, aherrojar la conciencia, estancar el pensamiento; para los retrógrados la libertad de conciencia era el cisma, la apostasía; la libertad de pensar, una rebelión: insensatos! olvidaban que la religión sin libertad es un cruel sarcasmo, y que el pensamiento no nos fué dado para que durmiese, sino para desplegarse y convertirse en verbo divino de luz, y ser el ariete destructor de todas las tiranías.

La religión que allá en Palestina predicó el Hombre-Dios y que fué para la humanidad una lluvia de redención y consuelo, no es la que oprime y tiraniza los pueblos; quien los tiraniza y oprime es su falso intérprete, ese ser sub-humano cuyo corazón para el bien es seco como el desierto, estéril como la arena.

Él es quien ha convertido la religión de Jesús, religión de amor, en una religión de muerte que ahoga toda expansión, que persigue y asfixia la vida con su enervante misticismo.

El convento que reprime y sofoca las aspiraciones más nobles y legítimas del espíritu; la Tebaida que sólo produjo humanicidas dignos de eterno olvido, y la Inquisición que asoló y mató, son los frutos de esa religión que ha enfermado tantos pueblos. Su apóstol, que ha envenenado las conciencias y que ha obscurecido los espíritus, ha hecho bien en vestir de luto, es un mensajero de muerte.

El Renacimiento resucitando una antigüedad esencialmente humana; la Revolución Francesa proclamando

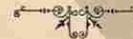
do los principios que hoy rigen á los pueblos civilizados, y nuestra Guerra de Reforma trayendo é implantando en nuestra Patria los principios de esa revolución salvadora, revelan, no el esfuerzo de un hombre, sino la tendencia de la humanidad hacia el progreso, hacia la vida ascendente, y por eso el elemento retrógrada, que odia la vida y es dique para todo adelante, ha sido el enemigo de todas esas grandiosas manifestaciones del espíritu humano.

En la lucha sangrienta, en la epopeya gloriosa de que JUÁREZ fué el caudillo, no es él el único héroe, lo son también los que lo acompañaban, aquellos paladines abrasados por la sed de lo infinito, prontos á todo sacrificio, sin temor á las preocupaciones ni al martirio, saliendo al encuentro de todos los enemigos, mal armados, pero lleno su espíritu de amor á la justicia y á la libertad, que serenos desafían el tormento y amenazan á los tiranos, que se inclinan sobre el polvo donde llora su abyección el indio, el paria, y le señalan la causa de la Reforma como el principio de su regeneración. Ellos, los que evangelizando con sus triunfos y derrotas, atraen á los traidores á defender la Patria; ellos, los que derraman en los aires palabras de libertad; ellos, en fin, los que derrumban á los ídolos de sus altares al marcial toque de sus fanfarrias.

Vosotros, los abnegados, los mártires, que no pudisteis ver la tierra prometida, la realización de vuestra obra, ni siquiera como Moisés desde la cumbre del Nebo, no habeis sido olvidados: la juventud premia vuestra conducta siguiendo vuestro ejemplo.

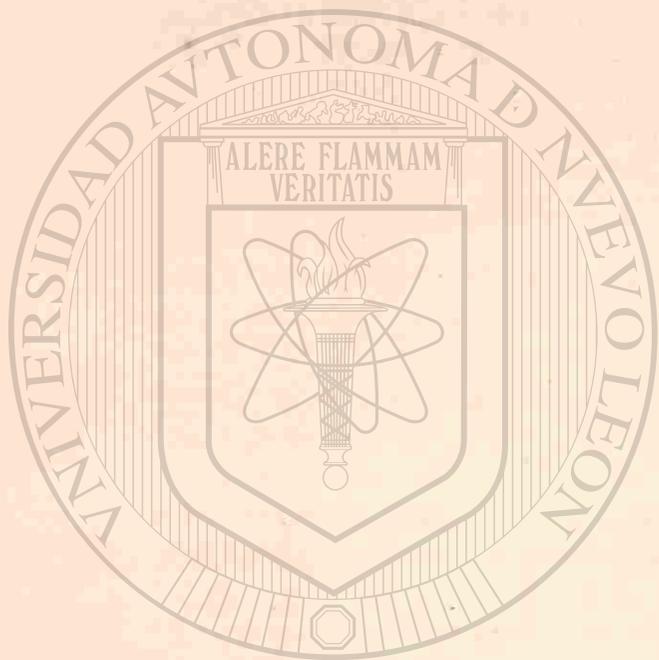
Y á tí, JUÁREZ, el grande, el coloso, no te olvidará la juventud, porque de tu memoria ha hecho un culto, de tus enseñanzas una religión; y ella, que es fuerte porque es libre; lumínea porque es idea; eterna porque simboliza vida, seguirá tu ejemplo: — luchará, arrostrará todos los peligros por la causa de la justicia y de la libertad, segura de que la sangre que derrame en la tierra, será más tarde la auréola de su inmortalidad.

José M. Lozano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





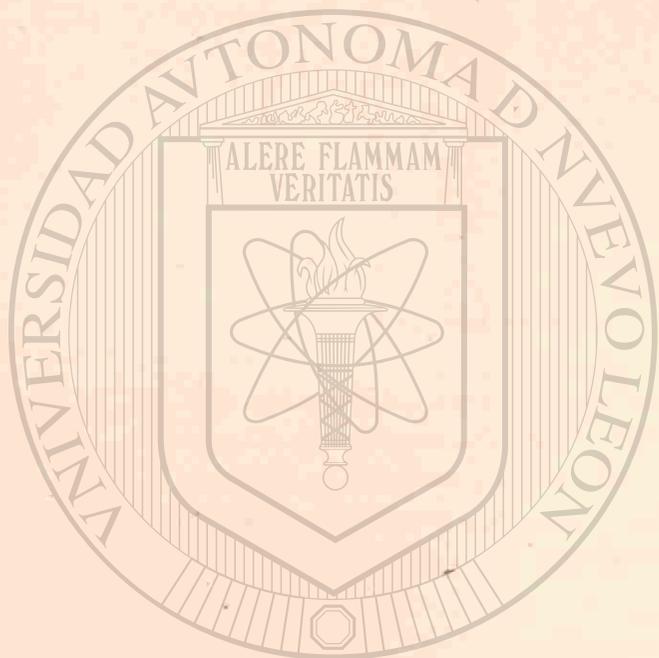
Discurso

Pronunciado por el alumno de la Escuela N. de Jurisprudencia, SR. LAZARO N. VILLARREAL, en la Velada celebrada en honor del Benemérito de las Américas BENITO JUAREZ, el día 18 de Julio de 1901, en el Teatro del Renacimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEÑORES:

No es el genio creador de las pasadas edades, desplegando sus blancas alas sobre la cabeza de aquel desconocido, mensajero de la verdad y de la luz, que con el corazón traspasado por el dolor de los dolores, por ese dolor inextinguible de la locura sublime, y surcada su frente por las arrugas de la duda, vagaba en torno de los muros de Jerusalén resucitando muertos, curando enfermos, predicando el bien, interrogando con su mirada los espacios infinitos para sacar de ellos la infinita verdad y sondeando las negruras del caos, las serenas profundidades del abismo, para arrancar de su seno caudales de luz y torrentes de inspiración: no es el genio tutelar, no es el sublime heroísmo de un Bolívar, derrocando tradiciones, desgarrando títulos de nobleza, pisoteando el odio de los tiranos, para arrancar de las garras de la tiranía á tres pueblos y comunicarles la vida de la democracia, el soplo del derecho y el calor de la libertad: no es la palabra de oro de ese titán de la tribuna francesa, de ese Mirabeau, que inspirado por el hálito revolucionario, desde lo alto del pedestal de la Francia lanzaba rayos que fulguraban tronos, anatemas que calcinaban

instituciones, y dardos que iban á clavarse en la frente de los magnates; no, es la voluntad tenaz y firme de uno de los vástagos de aquella raza poderosa de los Cuahutemoc y Moctezuma; voluntad rígida como el acero, inquebrantable como el bronce; cóndor enamorado de los blancos sudarios de las alturas, águila atraída por el zafir del espacio; esa voluntad marcha, camina, vuela hacia el ideal; y de las ruinas, de los escombros, de la nada, como un nuevo Prometeo, hace surgir la figura de la Patria resplandeciente y bella, con el fuego de la libertad en la sangre y un fulgor de la democracia en el alma!

Los grandes ideales vienen precedidos de los grandes genios. Las ideas sublimes progresan, y en su progreso destruyen pero edifican, inundan pero fertilizan. Marchan sobre las ruinas de un mundo que se desquicia, y van dejando á su paso en una estela de luz, un reguero de verdades. Libertad, es la grande idea, es la sublime aspiración de toda la humanidad; libertad, es el himno que entonan los rapsodes épicos de la muerta Atenas, es el canto que murmuran las tranquilas aguas del Tírrreno; libertad, es el grito que arroja la mar embravecida, en pugna siempre por escalar la altura, es el furioso alarido de un huracán que azota; libertad, es la excelsa figura del Cristo agonizando en el Gólgota, es Sócrates bebiendo la cicuta; y libertad eres tú, ¡Benito Juárez! resucitando á la raza que te engendrara, levantándola del lodo y mostrándole la senda que conduce al cielo que es el progreso y que es la paz!

La humanidad lucha y luchará siempre por la demo-

cracia. Las ideas geniales germinan en el campo de la ciencia; pero regadas con el sudor y la sangre de mil generaciones, aparecen en los diáfanos horizontes de la vida, como soles que esplenden y que embellecen; y así como el astro que todo lo ilumina, lanza sus primeros rayos á las cimas más altas de los montes, mientras los valles duermen tranquilos arrullados por las tinieblas; así ellas también, primero bañan de luz á los colosos del pensamiento, á esos titanes de la palabra que son los genios, mientras que la masa del pueblo queda aprisionada en el más negro de los obscurantismos. Para difundirse, necesitan combatir; porque es combatiendo como la luz vence á las tinieblas; combatiendo, la verdad triunfa sobre el error, y combatiendo, el saber derrota á la ignorancia. Cada paso en la senda de la democracia sintetiza un progreso, y cada progreso representa una cadena que se rompe, un esclavo que se emancipa y una tiranía que se hunde!

Y vosotras, almas jóvenes, que desgarráis los enlutados velos de la ignorancia que aniquilan y matan á la conciencia humana; que surgís de los arcanos de las tinieblas con el espíritu ávido de verdad y de luz, y en busca de regiones más limpias y más puras; vosotras, las que traéis por única auréola el ideal, por único broquel la esperanza y por única guía la fe en el porvenir; las que marcháis alta la cabeza por esta senda formada del odio que rastrea, de los errores que caen, de las instituciones que se derrumban y de las tiranías que ya tocan el ocaso, buscando en lontananza la verdad que brilla,

la ciencia que resplandece y el derecho que fortifica; esa juventud, porvenir de la patria y de la humanidad, látigo de las tiranías y de los egoísmos, deificadora de los héroes y de las libertades, esos trabajadores incansables del mañana, esa fuerza, esa vida, viene á postrarse á tus plantas. ¡Oh divino reformador! ¡Oh bronce incommovible! ¡Oh granito que has resistido sereno el embate furioso de los huracanes, las tempestades de odio desatadas sobre tu frente para derramar una lágrima en tu tumba, entonar un canto de gloria á tus obras, lanzar un gemido de desesperación por tu muerte, que resonarán en el Universo y que conmoverán al mundo, porque vienen sellados con la pureza y con el amor, y traen el odio palpitante á todos los despotismos!

Juárez no es un hombre, es una época; no es una causa, es un efecto, y efecto necesario. De un mar turbulento en donde bullían la injusticia y la esclavitud, siempre azotados por las tormentas del odio y sin playas que refrenen sus iras; de un mar negro como la duda, insondable como el abismo y profundo como el caos; de las espesas sombras proyectadas por el ala colosal de esa ave repugnante del clericalismo que cubría á todas las cabezas, ahogaba á todos los seres y envolvía todos los corazones en una época triste que ya pasó, veíanse surgir brazos tendidos al cielo que clamaban piedad, escuchábanse ayes desgarradores que brotaban de pechos hermanos, y dirigíanse miradas sedientas de justicia, de paz y de bienestar: eran las imprecaciones y los gritos de

dolor de una raza de héroes, encerrada por la tiranía en el Toro de Pháralis, y condenada á olvidar sus gloriosas tradiciones, á matar sus energías y á pisotear lo que tiene de más bello: sus libertades. Y esa raza despierta y se levanta, y esa nación sacude el polvo de los siglos y arroja la losa de su tumba, para encargarse su redención á un hombre de voluntad de hierro, y grande como una idea, porque los pueblos en sus convulsiones epilépticas buscan á las grandes almas para que los animen con el calor de sus pensamientos, y para coronarlas con las espinas de sus dolores, como los volcanes escogen las excelsas cumbres para depositar el fuego de sus entrañas y el hálito de fragua de sus pulmones!

Si bien es cierto que la muerte es la ley del hombre, también es cierto que los pueblos son inmortales; sufren, se abaten, muerden el polvo de la desesperación, pero son flámulas que el viento azota pero jamás apaga. En medio de sus tormentos engendran á los grandes héroes—flagelo de las infamias y de los servilismos—como Júpiter en su desesperación olímpica engendra al rayo: un látigo de llamas para devastarlo todo!

¡Juárez! el genio ¡Juárez! el encargado de redimir á la raza que despierta y se levanta, que sacude el polvo de los siglos y arroja la losa de su tumba, ¡Juárez! el hombre de voluntad de hierro y grande como una idea, el que viene coronado con los dolores de un pueblo, como coronadas están las grandes almas y como coronados están también los picos serenos de las montañas, ese Juárez, el inquebrantable, el granito, surge de las lágrimas

y de la sangre de una raza esclava y sierva, como Venus brota de la amarga espuma y de la sangre de Urano que gotea!

Aun resonaba en los oídos de la antigua Europa el eco lejano de los marciales cantos de la Marsellesa, iluminados con los resplandores de la victoria y amasados con la sangre de la humanidad; aun se estremecían los claudicantes tronos del Viejo Continente, y las testas coronadas tendían la vista llena de espanto á la cima relampagueante de ese Sinaí del derecho que se llama Revolución Francesa, cuando en México, en el Nuevo Mundo, de un rincón oscuro de la República, del seno de las montañas del Sur, bajaba un hombre pequeño, pero que traía en su alma un mundo de ideas; de facciones toscas, como tosea era su raza; de tez de bronce, como de bronce era su voluntad, para cubrir con las alas inmaculadas de su espíritu á todo un pueblo encenagado en la miseria y llorando en la noche de la esclavitud. ¡Y qué espíritu, señores! ¡Era grande, bello, luminoso, porque venía del cielo, porque bajaba de lo alto, y es en lo alto donde sacuden sus plumajes las águilas; es en lo alto donde se posan los condores, y es en lo alto donde anidan los genios deseosos de tocar con su frente el infinito!.....

La obra es colosal, va sellada por la sublimidad, y todo coloso arredra, todo lo sublime anonada. El espíritu del hombre se reconoce pequeño ante lo grande y lo incommensurable; su obra es grande como el mar, incommen-

surable como el espacio. Para admirarla hay que verla de lejos, porque de la base nunca se han visto las cumbres de las Pirámides de Egipto, y de las plantas jamás se ha contemplado el coloso de Rhodas. Él comprendió que toda tempestad es pasajera, y que después de la tormenta renace el sol con su calma bienhechora. Él comprendió que detrás de la obscuridad está la luz, y que después de la noche viene el día á bañar las ilusiones; y él comprendió, por fin, que la injusticia no es perpetua, y que si un pueblo se doblega temporalmente ante el embate de la fuerza bruta, de presto se forman en los cielos de la Patria esos nubarrones que presagian una tempestad: — la de la fuerza del derecho — que va á devastarlo todo, á aniquilarlo todo y á hundir á todas las tiranías. Y animado por estas esperanzas, alentado con el calor de esos pensamientos, emprende su reforma encaminada á someter al clero: ¡pulpo descomunal de tentáculos formidables que chupa la sangre y la vida de todo un pueblo!

La obra de Juárez es producto del más puro jacobinismo, de esa escuela censurada por los amigos de la muerte y vituperada por los enemigos perpetuos del progreso y del adelanto. Pero ¡ah! los que tal hacen aparentan ignorar que, así como las olas empujadas por el viento antes de perderse en las entrañas de los mares, van á estrellarse á las playas y á regarlas de conchas que tal vez contengan una perla, así también los siglos — olas inmensas del tiempo — antes de perderse en las entrañas de la eternidad, van á lamer las playas del espíritu humano y á depositar en ellas una idea germinadora

y sana; aparentan ignorar, que la escuela que levanta y cultiva esta idea, es grande y venerable, como venerable y grande es la ciencia, como grande y venerable es la verdad; aparentan ignorar, que libertad es la idea que nos legaron los siglos XVIII y XIX; que libertad es la base del jacobinismo, y que si la libertad es hoy una ilusión para muchos pueblos, será la realidad del mañana, porque libre es la naturaleza, porque libre es el arte, y porque libre debe y tiene que ser el hombre!

Recorred las etapas de la humanidad; seguid en su curso los diversos matices de las sociedades que como las ondas se deslizan tranquilas en esa corriente sin límites de los tiempos; sacudid el sudario de polvo que ha caído sobre el pasado glorioso de las naciones, y ahí donde veáis esplendor á un pueblo entre las sombras, que sacude la frente y que tiende la vista al cielo para buscar un astro, que un esclavo destroza el eslabón de la cadena que lo aniquila, que se convierte en libre y como libre puede cantar á la libertad, ó donde un despotismo naufraga arrastrando consigo las sombras para dar paso á los albores de la justicia, del derecho y de la paz; ahí veréis también como un sol que todo vivifica y que todo fecunda, como un espíritu que alienta una vida y como una vida que anima á una materia, ahí veréis repito, al vidente inspirado en las doctrinas del más puro de los jacobinismos. Porque el jacobinismo es el cerebro que piensa y la víscera que late de una Francia que al fin se despierta del sueño de los Capetos para abatir tronos, para pisotear tradiciones y para colocar sobre las ruinas

de un pasado funesto, esas mágicas tablas de los derechos del hombre, conquistados á costa de la sangre de los tiranos é iluminadas con los trágicos fulgores de una revolución; porque el jacobinismo es el alma de Garibaldi, de ese nuevo Moisés que en busca de la tierra prometida lucha con los Faraones del Austria, combate las guerras intestinas, absorbe á los principados, aniquila á los reyezuelos y hiere para completar su obra, — obra que ha iluminado á la humanidad — á ese coloso, colmena de crímenes, que se llama el Vaticano, para encastillarlo con el fuego de sus cañones y someterlo al peso de una espada libertadora; porque el jacobinismo es Juárez, Juárez en su obra de reconstrucción, Juárez en su obra de progreso, Juárez en su obra de luz, Juárez manumitiendo á un pueblo de ese puñado de tradiciones legado por la conquista, transmitido por Iturbide, endosado por Santa-Anna y que perpetuamente se llamarán: Clero y Militarismo; porque el jacobinismo es el que impulsa á nuestros hermanos los estudiantes de España y de Portugal á lanzar la primera piedra á los conventos; los que reniegan de esa caravana de frailes ó de ilotas — que pasan como una visión dantesca — porque no ignoran que en cada convento se encierra una prostitución y en cada fraile palpita una inmoralidad; porque el jacobinismo es el que impulsa á la juventud rusa á enarbolar una bandera libertadora á pesar de un autócrata que se mofa de los tiempos y de la Historia, y no obstante que la Historia y los tiempos nos dicen que cuenta cien años LA MARSELLA! porque el jacobinismo es

Waldeck Rousseau; porque el jacobinismo lo canta la naturaleza, la rama, la yema que estalla y al estallar es flor; el arte que también estalla, y al estallar perfuma, y al perfumar inyecta; porque el jacobinismo es, finalmente, nuestra juventud; es, finalmente, nuestra sociedad; es, por último, todo lo que hay de bueno, de sano y de honrado, que somete á la justicia y á la justicia social, que expone á plena luz la libidinosa conciencia de un corruptor medioeval auxiliado por la múltiple complicidad de la tonsura, del confesonario, el púlpito y la sotana!.....

Y esta escuela que no cuenta con abolengos, porque sabe que los abolengos en la época actual tan sólo pueden revelar funestas degeneraciones, y que ha prestado tantos servicios á la humanidad, se le critica y se le vituperá, se le escarnece y se le difama. Pero, ¡ah! ¿qué día no tiene noche? ¿qué astro no tiene ocaso? y ¿qué sol no tiene manchas? Y sin embargo, el día tiene bastante luz para borrar de una sola pincelada las tinieblas de la noche; el astro fulgores bastantes para esfumar su ocaso, y el sol hogueras muchas para extinguir sus manchas!

¿Y quiénes son los que la flagelan? ¿Quiénes los que la vituperan? ¿Quiénes los que la censuran? ¿Y quiénes los que la fulminan? ¡Ah, señores! ¡cómo los tiempos y las distancias cambian el espíritu de las religiones! No es el divino Jesús dejando caer de sus labios la mágica palabra, como gotea la dulce miel de los panales del Himeto; no es el filósofo de Nazareth paseando la túnica de sus dolores entre los sufrimientos humanos, para conso-

lar al triste, alentar al pobre, curar al herido y resucitar á los muertos; no es el Mesías que meditaba á orillas del Tiberiades, comunicando su espíritu con el ideal y el ideal con su espíritu, no; es el Vaticano, ávido de tesoros y de pompas reales, que solda la cruz á la esfera de oro y engasta diamantes en la tiara pontificia, oro y diamantes que son lágrimas congeladas de muchas generaciones y ahorros infinitos de muchos infelices; es el Vaticano con sus séquitos triunfales, con sus orgías que desafían al Oriente, con su lujuria, con sus incestuosidades y con su historia llena de crímenes florentinos; es por último el alma torva, la suprema síntesis y el supremo anatema á León X y á Alejandro VI!

Y si ese es el Clero de Roma, es decir, del viejo mundo, ¿qué no será el clero de las Indias! ¡este Clero importado por la conquista; este Clero, como los conquistadores, ávido de rapiñas y de lucro, extendió al abrir sus alas una inmensa noche, noche profunda y desolada, noche que tan sólo ilumina un astro fugaz como un metéoro para aquél entonces, pero no para la Historia, que, justa como todas las fuentes que brotan de la idea, va recogiendo de cada siglo, de cada edad, de cada momento, un nombre que camina de boca en boca, de generación en generación, y que nos llega sublimado, porque ese nombre es el de Bartolomé de las Casas.

Y Bartolomé de las Casas dejó hundirse la raza nueva en la raza vieja. Su vida fué una vida luminosa, y como luminosa, al extinguirse dejó tinieblas; y en esa obscuridad, obscuridad dolorosa para una nación, la raza indíge-

na no supo á dónde ir, á dónde tender la vista y cayó, cayó del ideal hacia el abismo; y hubo buitres que revoloteaban, que se precipitaron hacia ellos, para encender una bacanal furiosa en aquellas entrañas palpitantes; y de todos esos escombros humanos, de toda esa putrefacción brotó Benito Juárez, porque es el fondo de los pantanos donde nacen las flores más limpias y más puras, porque son las substancias más viles las que forman los objetos más bellos: el carbón engendra al diamante, el zafiro nace de la arcilla, y la perla brota de las secreciones de un molusco!...

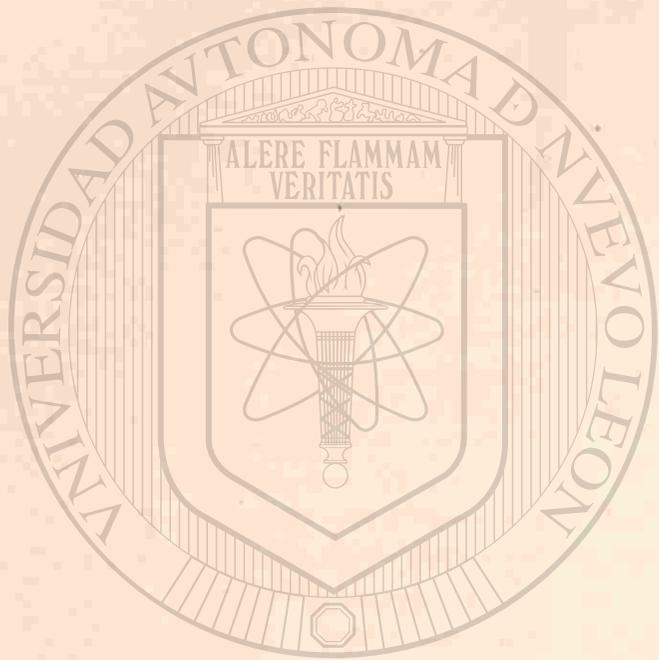
Juárez. . . . el de facciones toscas como tosca era su raza; el de tez de bronce como de bronce era su voluntad; Juárez, el que venía del seno de las montañas del Sur, el que bajaba de lo alto, de donde sacuden sus plumajes las águilas, de los lugares en donde se posan los condores, y en donde anidan los genios: ese Juárez, el reformador, el jacobino, no ha muerto, porque nunca mueren las ideas, porque no sucumben los ideales. Sobre su tumba está inscrita esta palabra, símbolo de la esperanza y de la gratitud: ¡Inmortalidad! ¡Oh Kronos devastador! ¡Oh Saturno implacable! ¡tu poder se estrella en la omnipotencia! ¡Oh Muerte aniquiladora! tienes que plegar tus alas y doblegarte ante el coloso que sintió el fuego del genio en su sangre y el calor de la voluntad en su alma!

Miguel Ángel, en su furia creadora, transcribió los tormentos de su espíritu en sus profetas y sibilas, y ha quedado grabado perpetuamente en la Sixtina de Roma;

Jesucristo, el que meditaba á orillas del Tiberiades, comunicando su espíritu con el ideal y el ideal con su espíritu: el que paseaba la túnica de sus dolores entre los sufrimientos humanos, para consolar al triste y alentar al pobre, curar al enfermo y resucitar á los muertos; el que dejaba caer de sus labios la mágica palabra como gotea la dulce miel de los panales del Himeto; ese, con sus sanas doctrinas de moral, ha quedado grabado para siempre en la Sixtina del alma; y Juárez, el divino reformador, el bronce incommovible, el granito que resistió sereno el embate furioso de los huracanes, las tempestades de odio sobre su frente; esa figura excelsa de nuestra Historia, quedará grabada perennemente en la Sixtina de la Patria!

México, Julio 18 de 1901.

L. D. Villarreal.



In Memoriam.

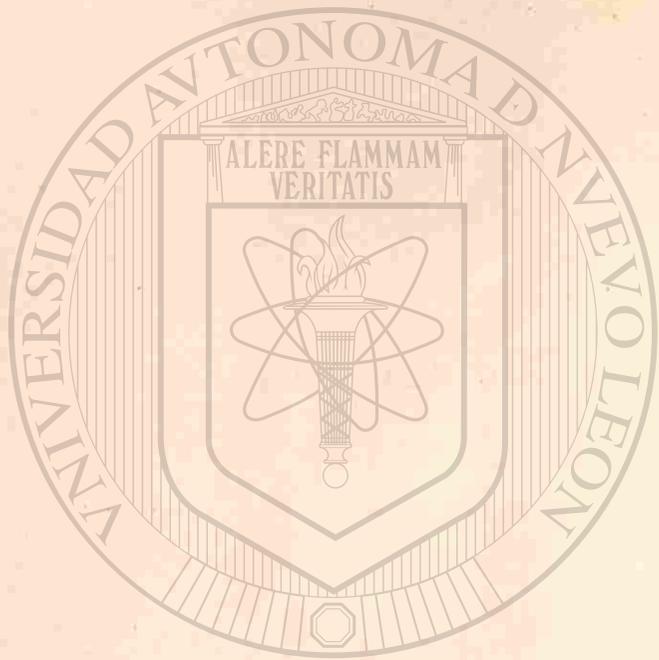
18 DE JULIO DE 1901.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

¡Ah! la humildad en su escarpada hondura
Lo que ilusiona y resplandece crea;
Anida el ruiseñor en la espesura,
Y se forjan los rayos en la obscura
Nube que sin cesar relampaguea.

Grano maduro que voraz levanta
El ave, la maleza que te escude,
Y de grano que fuiste serás planta
Y muy pronto tal vez, árbol que canta
Si enfurecido viento te sacude.

Espíritus geniales, la coyunda
Del dolor, frentes altas encallece;
¿Qué peñascos el musgo no circunda?
Aun la misma mujer, mujer fecunda,
Tan sólo por fecunda palidece.

®

Y el débil en la lidia titubea;
 El paladín que abona tierra inculca
 Con sangre, no es alondra que gorjea
 Cuando tímida el alba pestaña
 Y al funeral atardecer se oculta;

Es el que lucha, como férreo arado
 Que repuja el rozar de las arenas;
 Se despedaza, pero labra el prado.
 ¡Oh! Ulises que marchaste á un resultado
 Desoyendo el cantar de las sirenas!

A tí el audaz enviado de la infecta
 Mansión de los humildes —Oh! vidente—
 Esperan las Repúblicas; inyecta
 Tu constancia en sus venas y proyecta
 Tu sombra sobre el Nuevo Continente.

II

Almas sin sueños, sin amor, sin rosas,
 Que giráis en el mundo atolondradas,
 Taciturnas, enfermas, dolorosas,
 Como enjambre de negras mariposas
 En cristalino globo encarceladas;

No lloréis; ya volvieron las perdidas
 Naves conquistadoras de idéales;
 Las pupilas secad, enrojecidas
 Por angustioso llanto, como heridas
 Abiertas con finísimos puñales.

Brillan proas, y cascos, y timones,
 Y en las olas que cantan, ríen y huyen,
 Refléjense rojizos pabellones
 Y parece que extensos cuajarones
 Sanguíneos, se fragmentan y diluyen.

De palomas un vuelo immaculado
 Feliz augurio—pasa ante la vista
 Centellante del pueblo entusiasmado,
 Como si el aire hubiera arrebatado
 Un montón de pañuelos de batista.

Llegan de lejos hábitos de frondas,
 Y en su brutal respiración de fragua,
 El mar anilla sus espumas blondas
 Y arremolina sus flexibles ondas
 Como si alguien soprase bajo el agua.

Retumban en los montes los cañones,
 Como espigas se doblan las cabezas,
 Inmóviles están los escuadrones;
 Ya viene el vencedor entre pendones
 Y al compás de triunfales Marsellesas.

III

Tú guiaste las naves combatidas
 Atrevido Jason; los idéales
 Son tus leyes en mármol esculpidas,
 Radiantes, como antorchas encendidas;
 Sólidas, como enormes catedrales.

¡Oh Juárez! quién tu excelsitud restringe!
 Tú fuiste aquel que viajador se finge,
 — Mas no pesando sobre tí un estigma —
 Que del error despedazó la esfinge
 Y de las almas descifró el enigma.

Exhalaste un enérgico reproche
 Cuando de esclavos la legión gemía;
 Como el aljófár bienhechor, de noche
 Bajaste raudo de tu Patria al broche
 Y la dejaste al despuntar el día.

¿Qué, ahóganse en el polvo de los años—
 Señal de olvido y pequeñez—las grandes
 Pirámides de Egipto? ¡Oh, desengaños!
 Tú eres más grande que ellas, son peldaños
 Para llegar á donde estás, los Andes.

La envidia, el dolo y el rencor—serpientes—
 No han de morderte mientras fe y anhelo
 De una raza patriota representes;
 ¡Oh! nunca, nunca rasgarán los dientes
 De las montañas, el azul del cielo.

Y el mito—Polifemo—aun no se aleja;
 Pero aunque su ojo y su vigor recobre,
 No apagarán sus piedras la bermeja
 Lumbre del Sol, que al declinar semeja
 Un incensario de bruñido cobre.

Encina, estrella, luchador, querube,
 ¿Quién ha dicho que has muerto? tu alma sube
 Mientras tu cuerpo lo protege un sauce;
 El genio es linfa que se trueca en nube
 Y aquí abandona con desdén su cauce.

Esos claros redobles de tambores,
Y esos tenues sonidos apagados
De los címbalos, presas de temblores,
Van á tí, como pájaros cantores
Que vuelan á los fértiles sembrados.

¡Oh! pasa, triunfador, nadie solloza.
Su lengua el entusiasmo que desate;
La lid sangrienta terminó, reposa,
Y en la tumba, panoplia prodigiosa,
Ve á colgar tu armadura de combate.

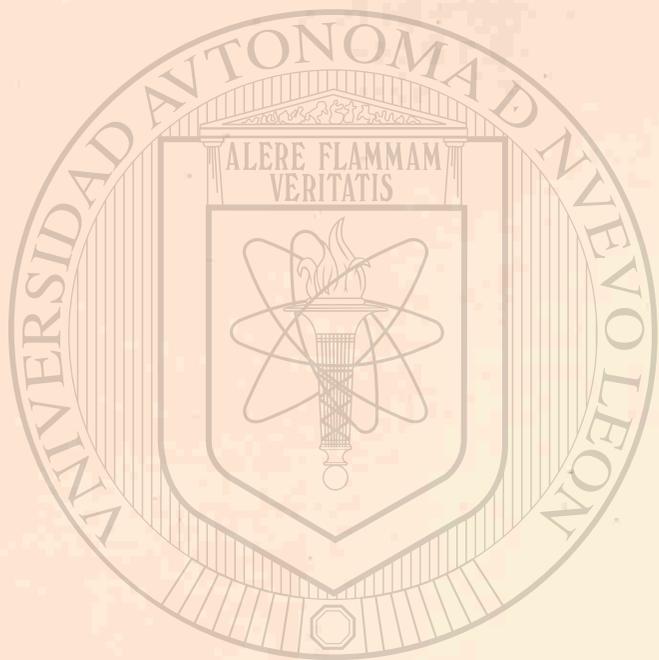
Abel C. Salazar.

A la Juventud.

PARA LA VELADA EN HONOR DE JUÁREZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tomo la blanca fimbria de tu volante veste,
¡oh Juventud! que cruzas por mi sendero, y sigo
tus pasos que resuenan en el paraje agreste
de la existencia, como triunfal himno celeste;
y mientras que en silencio te adoro y te bendigo
beso la blanca fimbria de tu volante veste.
¿A dónde vamos? Marcha; no importa; soy tu amigo
y sé que á donde quiera que tú la planta pones
un lirio brota. Buenos y nobles van contigo
tus ideales; llevan en alto los pendones,
y en medio de la sombra que á cada instante crece,
eres la luz que llega, el día que amanece,
el astro que en el seno del nubarrón parece
un broche de oro y púrpura prendido á los crespones
de la borrasca.

Vamos; tu antorcha resplandece
en la tiniebla, y guía las líricas legiones
del bien, por un camino sin fin que se obscurece;
y en medio de la sombra que á cada instante crece,
tus ideales marchan, en alto los pendones.



¡Oh Juventud, que llegas! Cuando te sigo, aliento
 con tu calor dé nido mis esperanzas muertas;
 ¿A dónde vas? La curva de luz del firmamento
 brilla cual una frente que lleva un pensamiento
 muy grande, como un bravo condor de alas abiertas.
 Y pasas; y la Gloria que abrió sus áureas puertas
 sale á mirarte como virgen curiosa. Un viento
 fragante hincha los rasos de tus enseñas. ¿Dónde
 vas, Juventud?

Y un grito lejano me responde:

«Va á la suprema y santa veneración divina
 de aquel hombre que es símbolo, bandera, dios penate,
 cuya memoria ofrece cual la sagrada encina,
 sombra, frescura, sueño y abrigo al que camina,
 umbrías al que canta, y lanza al que combate.»
 ¡Oh, sí! sublime Padre, que alzó su fuerte aliento
 como un conjuro, para que ardieran las inciertas
 penumbras del abismo; y al Porvenir atento
 miró con frente altiva — prisión de un pensamiento
 muy grande, como un bravo condor de alas abiertas.

La gran figura pasa; sorprende, atrae, fascina,
 y, en prodigiosa nube, del fondo se levanta
 del horizonte, y crece; la cólera divina
 cual súbito y callado relámpago ilumina
 la faz de bronce. Es ella, tu gran figura santa,
 ¡oh, Padre! Te invocamos; la Juventud se inclina
 para seguir el rastro de tu radiosa planta;
 eres bandera y símbolo; como sagrada encina

das sombra al que te busca, abrigo al que camina,
 lanzas al que pelea y nidos al que canta.
 Tú eres la Patria, y eres la Libertad, y eres
 la aspiración eterna de amor; y eres el mito
 que sube de la informe montaña de los seres
 como inmortal anhelo de bien, á lo infinito.
 ¿Viviste? Sí.— Nosotros sabemos que no mueres;
 estás en la conciencia del pueblo que, en un grito,
 te nombra en sus dolores, te aclama en sus placeres. . .
 tu carne se ha disuelto, más queda tu granito.

Y así te contemplamos; tu gran figura arranca
 de lo ideal; ha tiempo reposas en el brazo
 de aquella pensativa mujer doliente y blanca
 que tu marmóreo cuerpo sostiene en su regazo.
 Tú eres la Patria, y eres la Libertad, y eres
 la aspiración eterna; sabemos que no mueres.
 Y en torno tuyo ascienden la admiración y el canto,
 y surge tu memoria triunfante del olvido,
 y así es como te vemos en tu sepulcro santo
 y así es como pensamos: «el Padre está dormido.»
 Mas lo sabemos todos; cuando la Patria un día,
 convulsa y sollozante te nombre en su agonía:
 «Padre, despierta y óyeme;»—para vengar agravios
 tú te alzarás con esta pregunta entre los labios:
 «En tí soñaba; dime: ¿qué quieres, hija mía?»
 ¡Oh, Juventud radiante, oh, vida en primavera!
 Llegamos ya; derrama tus rosas y laureles

en el altar; y henchida de beatitud espera
á que en incienso suban las almas de los fieles.
La Religión más bella, la de la Patria, oficia
con sus serenos ritos sublimes y profundos;
si todo se derrumba, y se hunde, y se desquicia,
quedan, sobre el escombro de soles y de mundos,
en pie, las tres deidades: Amor, Bien y Justicia.

¡ Oh, Juventud! En marcha; ya sé que donde pones
la planta, brota un lirio; y en el paraje agreste
de la existencia, corren tus líricas legiones;
suena á tu paso un dulce triunfal himno celeste,
los ideales nobles y buenos, van contigo,
y en tanto que tus huellas con reverencia sigo,
beso, en la blanca fimbria, tu voladora veste.

Luis G. Urbina.

Discurso

Pronunciado por el Sr. Lic. JESUS URUETA en la Vela-
da organizada por los estudiantes de Jurisprudencia en
honor de JUAREZ, la noche del 18 de Julio de 1901, en el
Teatro del Renacimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el altar; y henchida de beatitud espera
á que en incienso suban las almas de los fieles.
La Religión más bella, la de la Patria, oficia
con sus serenos ritos sublimes y profundos;
si todo se derrumba, y se hunde, y se desquicia,
quedan, sobre el escombro de soles y de mundos,
en pie, las tres deidades: Amor, Bien y Justicia.

¡ Oh, Juventud! En marcha; ya sé que donde pones
la planta, brota un lirio; y en el paraje agreste
de la existencia, corren tus líricas legiones;
suena á tu paso un dulce triunfal himno celeste,
los ideales nobles y buenos, van contigo,
y en tanto que tus huellas con reverencia sigo,
beso, en la blanca fimbria, tu voladora veste.

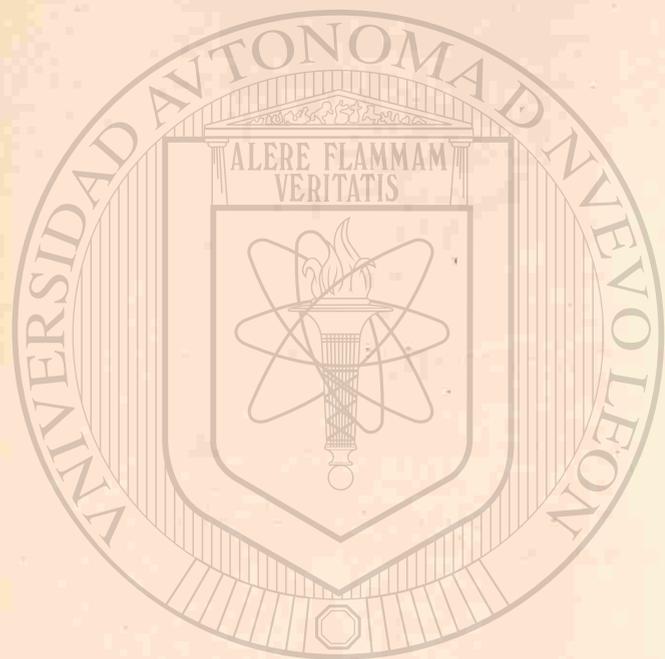
Luis G. Urbina.

Discurso

Pronunciado por el Sr. Lic. JESUS URUETA en la Vela-
da organizada por los estudiantes de Jurisprudencia en
honor de JUAREZ, la noche del 18 de Julio de 1901, en el
Teatro del Renacimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEÑORES:

No vestiré mi discurso con los luengos ropajes luctuosos de las graves oraciones fúnebres; esta fecha no es una fecha de duelo colectivo, sino de universal regocijo; el 18 de Julio no es el día de la muerte, es, señores, el día de la resurrección. Que resuenen en los aires los himnos favoritos de la Patria, y desparramen todas sus flores los vergeles; que los jóvenes dancen al son de las músicas sagradas, y los enjambres canoros de la poesía palpiten y vuelen como abejas de oro; que todos los corazones se fundan al calor de un mismo entusiasmo, y un inmenso grito de júbilo suba al cielo anunciando los festivales de un pueblo! El versículo de la Sulamita es eternamente cierto: el amor triunfa de la muerte. Benito Juárez no está bajo su lápida mortuoria convertido en ceniza; está dentro de nuestras almas convertido en idea, en sentimiento, en aspiración. Cariño á la Patria, deseo de libertad, sacrificios por el deber, luchas contra el mal, recuerdos de dolor y de gloria, ideales también de dolor y de gloria, todo eso es Juárez. ¡Sublime transfiguración del hombre! Pudo el pueblo engañado por el golpe brus-

co y por el poder alucinante de la realidad, llorar un día sus más amargas lágrimas, ver ennegrecido por fatídicas nubes el porvenir, y en torno del pabellón cresponado maldecir al cielo y clamar á los infiernos! Juárez, en su ataúd, descansaba. Se le creía muerto. Allí acudieron sus discípulos de patriotismo y de infortunio, y en vez de sentir la dolorosa agonía de la esperanza, sintieron brotar en sus almas una esperanza nueva..... Entonces fué cuando Guillermo Prieto, infundiendo en la frase toda la fuerza vital de su infinito anhelo, gritaba: «¡De pie, señor, de pie!» y á ese grito poderoso como un conjuro, se hizo el milagro: el muerto sacudió el sudario y se puso de pie en la conciencia nacional!

De los combatientes de vanguardia muy pocos quedan, y pronto abandonarán el puesto de honor. Pueden caer, no importa! El hombre, al morir, retoña en su descendencia, y sus obras no se pierden en la incesante elaboración de la historia. Bazaine proviene de los grandes traidores y Gambetta de los grandes defensores; Esquilo y Cervantes tienen la misma filiación gloriosa de héroes poetas, y en los anales de nuestro mundo, siempre que el espíritu humano ha estado en peligro de muerte, se han repetido las salvadoras epopeyas de Maratón y Salamina. El hombre dura mientras dura su esfuerzo, por eso son inmortales los que trabajan por la libertad. Las naciones deben sus energías más á los muertos que á los

vivos. El polvo que piensa no vuelve al polvo. La idea es fuerza de incalculables resultados: penetra, se difunde, se transforma eternamente; es el espíritu de que habla Goethe, «tejiendo en los talleres del tiempo el ropaje viviente de la divinidad.» Toda palabra fecundiza, toda predicación deja su semen en el surco. Los libros de los enciclopedistas se convirtieron en la sangre de la revolución burguesa; los libros de los pensadores modernos serán la sangre de la revolución obrera. Renan dice bien cuando dice: «puede la Iglesia anatematizar á Voltaire, puede la influenciada y temerosa mano de la madre quitarlo de tu biblioteca..... de tí no lo arrancarán jamás, porque Voltaire eres tú mismo!» La idea en actividad atraviesa la historia en una serie de encarnaciones diversas: Hidalgo, con el tiempo, se llamará Juárez; el Pensador Mexicano aparecerá un día en la Academia de Letrán con las facciones cobrizas del Nigromante, y la mirada de lumbre de Morelos fulgurará de nuevo en los anteojos del General Zaragoza! La historia es una pasión, porque es una pasión la vida: grandioso combate perdurable en que las verdades y las bellezas y las virtudes se conquistan en hecatombes inmensas que marcan con su rastro de dolor y de sangre el lento itinerario humano!

Es creencia comunísima que no tenemos en nuestros anales patrios un solo hecho de universal trascendencia, que nuestros martirios y nuestros triunfos son triunfos y martirios puramente nacionales. La revolución francesa, se dice, es un hecho universal; la Reforma mexicana es un hecho local. No comprendo la historia con tan mez-

quina filosofía. El progreso no se mutila. Todo está encadenado, todo tiene su ley. El movimiento de un astro coopera á la armonía del Universo; el movimiento de un pueblo coopera á la armonía de la humanidad. Para la obra final de redención y de amor, poco importan las diferencias de razas y de medios; en el fondo de las más contrapuestas tendencias hay elementos comunes, y todos los ideales se fusionan en un ideal supremo, profundamente humano, religión de todos, de los que sufren y de los que gozan, de los parias y de los libres; Zeus luminoso para los griegos, Dios de misericordia para los pobres de espíritu, verdad serena para el sabio, inmaculada belleza para el artista. Sobre todas las patrias está la gran patria, la naturaleza infinita. Todos tenemos obligación de darle nuestras actividades para fecundarla, todos tenemos derecho á los brotes de sus entrañas. Para comprender al hombre en sus obras, es ante todo indispensable estudiar su nacionalidad; pero luego, el análisis debe taladrar hasta las últimas capas del espíritu, descubrir los elementos irreductibles, despojar de revestimientos posteriores el núcleo primitivo, poner á desnudo la fibra humana, la que al vibrar hace vibrar nuestro corazón en sus más atávicas profundidades, arrancándonos lágrimas con el Quijote, esa sublime elegía de la risa, ó haciéndonos estremecer con los trágicos estremecimientos de Hamlet ante los peligrosos bordes de lo insondable.

* * *

Pues bien, Benito Juárez, es, ante todo, mexicano: las grandezas de su carácter son las grandezas del carácter de su raza, realizadas en él como una concreción y como una síntesis; pero sobre todo, es un miembro de la humanidad, una figura de primer orden entre las grandes figuras de la historia; caudillo, héroe, —tomo estas palabras en su significación épica— de los que se ha dicho, en intencionada frase, que no tienen patria, porque sus actos son como gotas de sangre que circulan en el organismo entero de la humanidad, nutriéndolo de vida y floreciéndolo de amor!

¿Cuáles son los elementos profundamente humanos del carácter de Juárez? La constancia heroica y la fe en Dios. He recogido, señores, de los labios de mi padre, un hecho sencillo en su magnitud, que años ha relataba yo ante la tumba del Benemérito, y que quiero depositar hoy en la memoria ávida de la juventud, porque revela mejor que cualquier análisis, el espíritu de Juárez, espíritu «de hierro y de roca,» como el del rebelde encadenado esquiliano. Los patriotas que á través del desierto conducían el arca santa con las reliquias del pueblo, llegaron á Chihuahua, llevando la patria, como Dantón, en las suelas de sus zapatos. En una sala apenas alumbrada por las agonizantes luces del crepúsculo y en la triste penumbra del fondo, estaban sentados Juárez, Iglesias, Lerdo, Prieto. . . . ya dispuestos á salir rumbo al Norte, pues de un momento á otro se escucha-

ría en las calles de la ciudad el redoble de las avanzadas francesas. Todo, como esa sala, estaba triste; algo muy querido parecía acompañar en su agonía al crepúsculo. . . La cara de Juárez tenía la impasibilidad dura de una máscara de bronce. Las tormentas de su alma no relampagueaban en sus ojos. No estaba cansado; no sufría. Se habló de la situación del país: el señor Lerdo disertó sobre derecho internacional, como siempre, admirablemente; Guillermo Prieto dijo algún chiste, como siempre, delicioso. La atmósfera estaba saturada de angustia. . . . Aquellos hombres espectrales no se movían, no se iban, no huían! Juárez dijo á sus visitantes: «Aún hay tiempo de fumar un cigarro; nada está perdido; creo poder volver dentro de cinco años á colocar la bandera en el Palacio Nacional.» ¡Cinco años! No pasó uno, y la bandera ondulaba en la Capital de la República, á los soplos de la libertad! De manera que ese hombre, sin dinero, sin ejército, en los límites de su país, cuando nadie creía en él, excepto él mismo, pensaba resistir cinco años más! Con una perspectiva así de negra, así de vacía desdénaba el puñal que le ofreciera la tentadora sombra de Catón! No, no tiene razón el Nigromante, no fué sublime el suicidio del romano, porque aun algo le quedaba que hacer por la República; sufrir y esperar; no fué sublime, porque perdió la fe, porque dudó de su alma. Juárez es más grande: derrotado por el destino, todavía pedía cinco años de infortunios para vencer al destino! Bien se conoce que la hoguera de Cuahutemoc iluminaba su conciencia!

* * *

Nadie creía en él, triste verdad! Era el día sagrado, el 15 de Septiembre. El General Brincourt ocupaba Chihuahua. Al derredor de la humilde pirámide que levantó el cariño popular sobre los restos de Hidalgo, se cometía un sacrilegio: los franceses y los traidores celebraban la independencia de nuestro suelo! En cambio, algunos buenos patriotas organizaron en la capilla de la Parroquia una *Misa de Duelo*, y allí fueron con sus hijos las madres enlutadas á llorar la muerte de la Patria, á enterrarla para siempre. . . . Las oraciones eran gemidos; en las baldosas arrastraban las gasas funerarias; los ojos húmedos se clavaban en el llagado cuerpo del Redentor; el órgano sollozaba el *miserere*; el incienso envolvía en nubes seráficas las cabecitas de los niños. . . ¡Juárez! Juárez no volvería, imposible! Y no sólo en las lejanas fronteras, no sólo en la pobre parroquia de mi pueblo, sino en toda la extensión del país, hubo un abrazo impío de conquistadores y traidores, y una misa de duelo de todas las madres y de todos los hijos, bajo la negra, bajo la infinita soledad del cielo! Juárez! oh, Juárez no volvería, imposible! Juárez volvió! Ah, Señor! si ese hombre, que tuvo que combatir no sólo á los franceses, no sólo á los traidores, no sólo al Clero, sino también el escepticismo del pueblo, y que venció no sólo á los franceses, no sólo á los traidores, no sólo al Clero, sino también el escepticismo del pueblo, no figurara en la historia de la humanidad, no fuera una gloria univer-

sal, tendríamos derecho al mal, á la destrucción, al suicidio, arrojando nuestros fastos y nuestras virtudes y nuestros pensamientos y nuestros ideales y nuestras almas, á la combustión satánica de un infierno devorante y de una muerte ignominiosa; Benito Juárez no es el Benemérito de las Américas, es Benemérito del mundo entero!

Y hoy que hemos perdido la fe en las quimeras del jacobinismo, pero que la tenemos cada vez mayor en las verdades de la ciencia; hoy que ya no nos exalta la raudalosa elocuencia dantoniana arrastrado en su furia mantos desgarrados y cetros rotos, pero nos entusiasma la serena voz de la filosofía que deposita limo fecundo en las almas y jamás desborda cóleras destructoras de su profundo cauce; hoy que nos burlamos un poco de las disertaciones incoloras y pedantescas de Robespierre y estudiamos en Rousseau un caso patológico; hoy que los reyes, los frailes y los nobles, que habían perdido la fisonomía humana con los corrosivos de la literatura demagógica que los llamaba y los llama hidras, vampiros, endriagos, nos aparecen en la historia científica con sus facciones normales, como hombres semejantes á los demás hombres, algunas veces liberales, complacientes, artistas; hoy que analizamos y que nos explicamos, sin odiarlas «á priori,» las etapas más infaustas de la crónica humana; hoy que ya no creemos que la regeneración universal brote de un discurso epiléptico de encrucijada, aplaudido por el populacho ebrio que deserta de las escuelas y de los talleres, y armado de formidables pi-

cas levanta en triunfo á Marat, grotesco y patibulario, sobre los bonetes rojos; hoy que no creemos en la utópica democracia del «Contrato Social,» idealmente bella, como un diálogo platónico, trazada á maravilla con la armonía matemática de los silogismos, pero falsa de toda falsedad; hoy, por último, que vemos evaporarse en el horizonte las últimas humaredas de la Convención, devorada por sus propias llamas, estamos en aptitud de comprender la personalidad real del Señor Juárez, pasándola del mito á la ciencia; pero sin destruir el mito que es arte, de la leyenda á la historia; pero sin destruir la leyenda que es poesía, cumpliendo así con el deber que como ciudadanos y patriotas tenemos de preservarla de todo homenaje falso y de toda injusticia sacrílega, á riesgo de que la posteridad la encuentre mutilada y sucia bajo el polvo del tiempo, como encuentra el arqueólogo los restos de los palestritas de mármol y de los atletas de bronce que yacen en la tierra divina del arte, devastada por la violencia y por la ingratitud! *

* Con motivo de la calurosa defensa que hizo de la Jacobinería el estudiante D. Lázaro Villarreal que me precedió esa noche en la tribuna, me vi obligado á aludir á su discurso en estos ó parecidos términos: «El vibrante orador de la Escuela de Jurisprudencia ha hecho una entusiasta apología del jacobinismo. . . . Es joven, aun vive con su ensueño en las turbulencias de la Convención francesa. ¿Y quién no ha sido jacobino en su juventud? Pero nosotros, que hemos perdido la fe en las quimeras . . . etc.» Hago esta observación, porque algunas personas han supuesto que yo niego esas palabras, habiendo ordenado que se suprimieran en la publicación que hizo el «El Imparcial» de mi discurso. No las niego, al contrario; pero como fueron improvisadas, como no estaban en mi manuscrito «El Imparcial» no pudo imprimirlas.

A la juventud toca tarea tan meritoria. ¿Qué mejor homenaje podeis rendir al muerto ilustre, que hacerlo vivir incesantemente, con todo amor, en vuestras meditaciones y en vuestros estudios? Os lo disputan dos bandos enemigos: el Clero y la Jacobinería. Uno proviene de Jerusalén primero y de Roma después, de la ciudad pontifical y hierática, autoritaria y solemne, llena de ascetas con callosidades en las rodillas y láminas de oro en las frentes. No es divino: dejó caer en la sangre y en el lodo de la vida el ideal de Jesús; es humano, es decir, bueno y malo. Sus grandes acciones le han dado lustre, sus grandes crímenes le han valido anatema. Salvó la ciencia antigua de la rapiña de los bárbaros y prendió los leños del odio bajo las plantas de Juan Huss y de Jerónimo de Praga. Y hoy, contaminado por el industrialismo febril del tiempo, en vez de abrir el Reino de Dios con las llaves de Pedro, penetra á saco en las ricas heredades del capital con los instrumentos del agio y de la astucia. Y si desoye la santa palabra de León, de ese anciano blanco y bueno, cuyos labios manan amor como los panales miel, y cuyo espíritu asciende á la muerte como una hostia sobre la humanidad arrodillada; si no vuelve, en peregrinación expiatoria y en demanda de misericordia á los huertos de Galilea; si con los supremos exorcismos del arrepentimiento no arroja de su alma el Demonio del Vicio, entonces se entregará atado de pies y manos á las implacables justicias flamígeras de la Historia!

Si el Clero niega á Juárez, la Jacobinería lo deforma, porque lo hace objeto de un fanatismo, colocándolo como santo del calendario demagógico. Cisma, intransigencia, odio, guillotina, parlamentos-clubs llenos de humo de pipas y de vociferaciones de muerte, la decapitación de Dios en el cielo y la felicidad salvaje sobre la tierra: ¡bellos ideales! Tuvieron los jacobinismos su papel en la Historia, trágico siempre y á veces grande. Hoy, han pasado de moda: son siempre grotescos y nunca grandes. Se parecen al caballero de la Noche y de la Muerte de que habla Tennyson, que oculta las flacas fuerzas de un niño bajo pavorosos y formidables arreos de combate.—No, no puede ser de ellos el Señor Juárez. El hombre que castigó todos los abusos para defender todos los derechos; el hombre que castigó todos los privilegios para defender todas las garantías; el hombre que castigó todas las opresiones para defender todas las libertades, no es un cismático, no es un sectario, no es un intransigente, es un Reformador. La base de su obra es esencialmente económica; el fin de su obra es esencialmente moral. Fué un hombre de paz, fué un hombre de amor, fué un hombre de progreso. Su espíritu no está en el odio ciego é inmoral de las edades muertas; tendríamos entonces que odiarlo, y Dios sabe cuánto le veneramos; está en el respeto del pasado, en el trabajo del presente, en la fe del porvenir, en el conocimiento de lo que hemos sido, de lo que somos, de lo que seremos, abarcando la prodigiosa evolución que, si aún nos ha dejado en las extremidades de la mano las garras del carnicero velludo

y delincuente, y en las capas más hondas del alma el apetito bestial y la pasión impura, empieza á poner en nuestras frentes los primeros destellos de la divinidad, como un beso matinal de la infinita poesía del amor!

Y si alguna vez, — ¡qué sabemos! — las pasiones estallan en tragedia, si la lucha se hace inevitable, si los parches de Tirteo resuenan, y marcháis en las filas « cubriéndoos el pecho con el orbe del escudo, blandiendo en la diestra la lanza sólida y agitando la terrible cimera sobre el casco, » defended bizarramente la figura de Juárez, dando actos heroicos á la fama clamorosa, defendedla en nombre del arte, en nombre de la ciencia, en nombre de todos los lienzos pintados, de todas las estatuas esculpidas, de todas las verdades conquistadas, en nombre de los que ostentan cicatrices resplandecientes, en nombre de los que encienden el astro de oro de la piedad en las cimas de la conciencia, en nombre de los que bajan con la lámpara de Aladino á las entrañas de la vida, en nombre de los que llevan al costado una lira — madre de la estrofa que se desbarata en colores, en lágrimas ó en cóleras, — en nombre de la Patria que nos concreta, en nombre de la humanidad que nos contiene; y viriles, fuertes, invencibles, como hacen los héroes de la Iliada con los caudillos rotos en la brega, cubrid y proteged la figura de Juárez con una muralla circular de clavos resonantes!

Concluyo. A vosotros os toca, jóvenes egregios, rehacer la patria moral, la patria intelectual, la patria viva

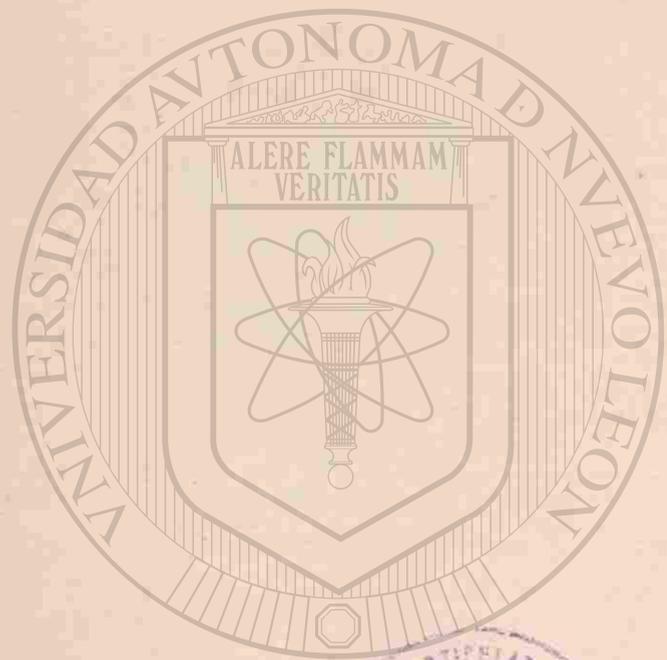
y verdadera, la bella, la espléndida, la gloriosa patria, tal cual la contemplaban, con los ojos embriagados de ideal, los hombres generosos que por ella afrontaron las cárceles, los destierros y la muerte. Vuestros padres le dieron el alma y la sangre: dadle vosotros el ingenio. No queremos apagarnos en la historia. Recoged en el corazón la constancia y la gloria de los magnánimos que hicieron la Reforma preocupados por la ciencia y el arte que debíais cultivar. Y el arte y la ciencia amadlos con verdadero amor; amadlos por sí mismos, más que por los frutos que puedan producirlos, más que por las alabanzas que puedan conquistarlos; amadlos como el ejercicio y la manifestación en que la nobleza del hombre aparece, en que el valor de las naciones se externa. Y sed buenos, y creed: creed en el amor, en la virtud, en la justicia; creed en los altos destinos del género humano que asciende al zenit por las vías de su ideal transformación. ¡Que la ciencia os esfuerce, que el arte os consuele, que la patria os bendiga!

Lic. Jesús Urueta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANLE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UAN

DAD AUTÓNOMA DE N
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

